

Aletas al amor

MARA MORNET



Capítulo 1

*Si supiera que mi mundo se ha de acabar mañana,
echaría el tiempo hacia atrás para volver a conocerte.*

Carretera estatal 5, California

El humo y la goma quemada hicieron que Nathan tosiera y volviera a respirar con brusquedad. Había estado inconsciente unos segundos, los suficientes para dejarlo aturdido sin saber qué había pasado. Tosió de nuevo y esa vez sintió un pinchazo agudo que hizo que se encogiera sobre sí mismo. En un acto reflejo, se tocó el pecho y una nueva sacudida de dolor lo recorrió. Se quitó la mano del abdomen. Lo quemaba su propio contacto, como el aire que le entraba por las fosas nasales hasta los pulmones.

Un quejido en la lejanía lo sacó de su letargo. Intentó abrir los ojos sin éxito. El insoportable dolor en el pecho y el olor a goma quemada en el ambiente le estaban produciendo unas terribles ganas de vomitar. Tosió una y otra vez.

Su cuerpo convulsionó y lo que había ingerido hacía menos de una hora salió de su organismo.

Nuevos quejidos y una voz de auxilio lo instaron a querer moverse. Intentó doblar su maltrecho y dolorido cuerpo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se restregó con la manga de la camisa sus ojos dilatados y dejó que estos digirieran las imágenes que captaban. Había cristales rotos por todas partes. Las luces de su coche, junto con las pocas farolas que flanqueaban la carretera, iluminaban de forma tenue el asfalto. No muy lejos, un camión de gran tamaño estaba completamente volcado.

Nathan se dio cuenta de que había salido disparado de su vehículo, pues se encontraba a varios metros de él. Entonces su memoria se puso en funcionamiento y recordó que regresaba con sus padres y su novia de cenar en uno de los mejores y más glamurosos restaurantes de California después de darles la noticia de su compromiso con ella.

Miró a su alrededor, pero estaba solo, no había rastro de Kristin ni de sus padres. Los nervios se apoderaron de él y, arrastrándose, se acercó a su coche, que había quedado destrozado por el golpe.

A pocos metros de su posición encontró a su madre tirada como un trapo viejo, sin vida. Tenía un gran golpe en la cabeza del que no paraba de manar sangre. Nathan se llevó las manos a la boca intentando contener un alarido de dolor, verla de aquella manera lo hizo sentirse inestable, sin fuerzas.

«Joder. ¿Qué coño ha pasado?».

Miles de preguntas se le amontonaron en la cabeza hasta que un ápice de realidad lo sacó del lapsus en el que se había sumergido. Se centró y se acercó a ella. Se tocó la frente y comprobó que la tenía llena de sangre; seguramente, también tendría una brecha. Besó a su madre y le susurró que regresaría a su lado, necesitaba encontrar a las otras dos personas que quería más que a su vida.

Entre la chatarra que era ahora su coche, un cuerpo pedía auxilio entre gemidos de agonía. Tambaleándose, comprobó que la figura que estaba atrapada entre el asiento y el salpicadero del

vehículo era su progenitor. Su padre clavó la mirada en él, transmitiéndole miedo, angustia y dolor, puro dolor.

—Me escuecen los ojos y... —Un nudo en la garganta no lo dejó proseguir, el miedo se apoderó de él al comprobar que, de cintura para abajo, no sentía nada.

Nathan, al ver su estado, reaccionó e intentó desabrocharle el cinturón de seguridad, que seguía enganchado. En cuanto la clavija se soltó, su padre pudo respirar con normalidad.

—No encuentro a Kristin —dijo, desesperado.

—Está en los asientos de atrás —respondió el hombre, intentando por todos los medios mover las piernas y salir de la prisión en la que estaba atrapado.

Sin perder tiempo, Nathan se dirigió a la parte trasera. Kristin seguía en el asiento que ocupaba antes del suceso. Con toda la fuerza que fue capaz de reunir, intentó abrir la puerta, pero le fue imposible; estaba atorada y, por más que intentaba darle al tirador, no respondía. Le dio varias patadas sin éxito hasta que rompió el cristal de la ventanilla y pudo ver el interior.

Su semblante palideció. Su futura esposa tenía varios cortes en las extremidades, estaba pálida e inerte. Se adentró como pudo por el hueco de la ventanilla y, poniéndose a su lado, la cogió para comprobar sus signos vitales. Los nervios y la angustia hicieron que Nathan perdiera el control y derramara en el vestido de Kristin, de color nacarado y con tonalidades carmesí por culpa de la sangre, unas afligidas lágrimas que no pudo contener ni frenar.

Todos los recuerdos y proyectos futuros que había forjado y hablado con ella durante los dos últimos años de relación pasaron por su mente en una rápida sucesión de imágenes. Sonrisas de mañana y despedidas antes de irse al trabajo con aroma a café recién hecho, besos y caricias por la noche, y lloros amargos con sabor a reconciliación dulce se precipitaron al vacío, al igual que la vida de Kristin.

El dolor que sintió al abrazar su menudo cuerpo no fue nada en comparación con el que lo invadió al percibir cómo exhalaba su último aliento.

Nathan entró en estado de *shock*, repitiendo una y otra vez en el oído de ella que no lo abandonara, que aguantara por él, por una vida entera llena de momentos, emociones y sentimientos que todavía les quedaban por experimentar.

Capítulo 2

*Quisiera enamorarme, pero ya lo hago cada día
viendo cada animal que vive en nuestro planeta.*

Un año y medio después

—¡Vamos, Aqua! —El cetáceo cogió impulso con su gran aleta trasera, salió del agua, tocó con el morro con gran precisión la bola que colgaba de la plataforma de metal y se precipitó nuevamente al agua en busca de su premio—. ¿Vienes a por tu golosina? —Ariadna sonrió al delfín.

Llevaba varios años estudiando y conociendo a la perfección a tan majestuosos animales. Para ella, los delfines eran los cetáceos más inteligentes y adorables que albergaba el océano, y poder estar con ellos cada día era un bálsamo mientras esperaba que llegara el momento, en su trayectoria como bióloga y veterinaria marina, de poder nadar con ellos en el mar en libertad.

—Toma, preciosa. —Lanzó un trozo de calamar que tenía en la mano y el delfín lo cogió, tragándolo con gusto.

Un nuevo pitido procedente de su silbato hizo comprender al delfín que su entrenamiento por aquel día había terminado y

podía irse a jugar con libertad en los dos millones de litros de agua que tenía alrededor.

—Parece que está perfecta. —Sara se aproximó al borde del estanque, donde estaba su compañera y amiga.

—Todavía espero los últimos análisis. —Ariadna vio cómo el delfín desaparecía en el agua y suspiró. Se había recuperado en muy poco tiempo—. Sí, se ve radiante.

Se había quedado varias noches en el zoológico cuidando de Aqua. Era su debilidad desde hacía dos años que llegó al delfinario tan frágil, con tres años de vida. Había varado en la costa de las islas Canarias, de donde la recogieron los empleados del parque marino de Tenerife, que más tarde la vendió al zoológico madrileño. En ese tiempo, entre cuidadora y cetáceo se había creado una complicidad única.

El miedo se apoderó de Ariadna cuando, dos meses atrás, la vio enfermar. Un cambio de producto químico en la limpieza de su acuario provocó una reacción en su piel. Menos mal que Ari lo detectó a tiempo y el producto no llegó a dañarle los ojos, ya que entonces la situación podría haber dificultado su recuperación.

Hubo un gran revuelo entre los veterinarios que trabajaban en el zoo, pues tuvieron que evacuar al delfín a otro estanque, desinfectar sus heridas y lavar su piel para quitar todo rastro del químico. Después, se limpió exhaustivamente la piscina, un trabajo que duró casi una semana.

En cuanto tuvo la oportunidad, Ari se dirigió a las oficinas centrales para hablar con sus jefes y comentarles la falta tan grave que habían provocado solo por ahorrarse unos miles de euros. Lo principal eran los animales y su bienestar, pero el nuevo socio del zoológico estaba haciendo muchos cambios. Ari les comunicó que no iba a permitírselo, hasta el punto de que les dio un ultimátum, y su estrategia funcionó.

—No me gustaría llevar esto a los medios, y saben que lo haré sin ningún miramiento. —Ari cogió aire y prosiguió sin amilanarse—: Si las cosas no vuelven a su cauce habitual, que es la conservación, protección y manutención de los animales que tenemos aquí, tomaré las medidas que sean necesarias.

La junta, que había sido convocada por Ariadna, examinó con prudencia las palabras de aquella trabajadora que había llegado para unas prácticas y que, con su dedicación, había conseguido una plaza en el zoo. Sabían que el nuevo socio podía traerles problemas, pero no tan rápido, y menos con uno de sus trabajadores mejor cualificados.

—Señorita, no queremos que esto llegue a mal término. Assumimos nuestro error y creo que, con ello, deberá bastarle. Por tanto, quédese tranquila, que sus animales estarán en perfecto estado —habló uno de sus jefes muy pausadamente.

—¿Y su socio? —Ari necesitaba saber si las ideas catastróficas del nuevo accionista iban a seguir siendo escuchadas y, en consecuencia, llevadas a cabo.

—Solo podemos decirle que nos ocuparemos de él a su debido tiempo.

Ariadna salió de la sala con el cuerpo entumecido por los nervios acumulados. Esperaba que sus palabras llegaran a buen puerto. Sus superiores no consentirían que ella acudiera a la prensa y descubriera el error cometido, eso les haría perder una considerable suma de dinero, además de las mil explicaciones que deberían dar. Ariadna sonrió. Esa tarde había demostrado que era un hueso duro de roer y que, por el trabajo que realizaba, haría lo que fuera.

No había pasado una semana desde la reunión con sus jefes cuando Ariadna tuvo las primeras noticias: retirarían el producto nocivo, además de anular otros cambios incorporados por el nuevo socio, como los alimentos bajos en proteínas que pronto

llegarían a las instalaciones. Eso último enfureció a Ari, ya que no sabía nada de ello. ¿Y si no hubiera ido con un ultimátum? Solo de pensarlo se le revolvía el cuerpo. Ella estudiaba los animales para conservarlos y amarlos, y era partidaria de que vivieran en su estado natural. Aunque no veía bien tenerlos encerrados, trabajaba en un zoológico y debía asumir lo que acarrearía eso. Por ello, intentaría por todos los medios que estuvieran en las mejores condiciones posibles y esperaba con ganas que al nuevo socio le dieran el escarmiento que se merecía. No lo conocía ni quería conocerlo, personas miserables como aquella no se merecían ni un ápice de consideración, y esperaba que estuviera lo más lejos posible de sus animales.

—Menos mal que la evacuamos a tiempo. —La voz de Sara interrumpió los pensamientos de Ariadna—. Esta pequeña ha tenido mucha suerte, no como otros.

—¿Qué quieres decir?

—Veo que no te has enterado de la nueva que corre por el parque. —La veterinaria esperó un poco para ver si su amiga continuaba, pero, al ver su mudez, suspiró y puso los ojos en blanco—. Lo han despedido, finiquitado, retirado, fuera, a su casa... ¡Lo has conseguido! Si querías a ese hombre fuera de las instalaciones, lo has conseguido, ya no está.

«¿En serio? ¿Tan fácil?».

Ariadna rozó el agua de la piscina, haciendo con ese gesto que Aqua se acercara y le tocara la mano con el morro. Sara, al ver que su amiga no expresaba ninguna emoción, se acercó a ella. No comprendía por qué no se alegraba por lo que le estaba contando, debería estar sonriendo y, sin embargo, su expresión no era de satisfacción.

—Los jefes te tienen en alta consideración, deberías estar contenta.

—Me alegro —dijo sin entusiasmo, mirando a su amiga.

Sara se quedó anonadada por su respuesta. ¿Qué narices le pasaba? ¡Ese capullo ya no estaba!

Ariadna cerró los ojos. En verdad se había alegrado por la noticia, aunque su interior no le permitía celebrarlo. Sabía que había derribado una barrera, que se había desecho de un señor «miserable» con ganas de embolsarse miles de billetes, pero había muchos como él que solo miraban su bolsillo sin importarles cuántos animales debían ser explotados para ello.

—Ese hombre solo ha traído disgustos, y lo que me preocupa ahora es con qué obstáculos nos encontraremos después de esto —explicó con seriedad.

Sara sabía a lo que se refería y la abrazó.

—Lo que importa es que Aqua y todos los animales estarán bien, y nosotras vigilaremos que así sea —intentó animarla.

—Tienes razón. —Ari sonrió al notar cómo Aqua empezaba a salpicarlas, era su forma de llamar la atención.

Al ver que había logrado su propósito, se puso panza arriba como un perrillo para que le acariciaran la tripa: tan suave, blanda y resbaladiza. Ari la acarició, sintiendo una gran alegría al vivir día tras día con ella y poder cuidar de algo tan bello.

Sin pensárselo, se levantó y se zambulló en la piscina. En cuanto sacó la cabeza del agua, el cetáceo estaba a su lado y ella se agarró a su aleta dorsal. Con un gesto de la mano, indicó a su amiga que se uniera a ella. Sara inspeccionó el terreno, su cometido era el bienestar de los animales e interactuar con los cetáceos en las horas asignadas, y no pasar sus horas laborales divirtiéndose con ellos. Si las pillaran, daría igual el cargo que tuvieran, serían amonestadas por una conducta no apropiada en el recinto.

«¡Pueden despedirnos!».

Sara volteo los ojos, ladeando una sonrisa pícaro.

«¡A la porra!».

Se ajustó el neopreno y, sin pensárselo, apretó el botón que accionaba la apertura de la compuerta que comunicaba las dos piscinas grandes, haciendo que Taylor, el delfín macho del zoológico, se uniera a Ari y a Aqua.

Taylor, un cetáceo de tres metros y medio y quinientos kilos —nada que ver con el peso y longitud de Aqua—, era un imponente animal que asustaba a más de uno, ya que, en el agua, las cosas se veían con otra perspectiva. Debido a su envergadura, un repentino cambio en su conducta —no se podía dejar de lado que era un animal— podría poner en peligro a las chicas. Pero Ariadna y Sara lo conocían muy bien y sabían cómo actuar ante un caso de peligro. Sin embargo, con Taylor no lo había; era un ejemplar sociable con el que se podía jugar horas y horas sin parar.

Los delfines se divertían con los juguetes que tenían. Ariadna tomaba ese tiempo y actitud por parte de ellos como si fueran entrenamientos, aunque para los cetáceos simplemente eran nuevos juegos. Los saltos y las acrobacias por parte de los dos mamíferos no faltaban, pero lo mejor era bucear con ellos. Estaban hechos para vivir en libertad y no encerrados.

Ari observó a los delfines debajo del agua, trasladando sus pensamientos hacia el desembolso económico que suponía tener animales enjaulados y lo lucrativo que era el que pasaran el resto de sus vidas en una piscina en forma de riñón azul. Siempre que le venía el tema a la cabeza una profunda nostalgia se apoderaba de ella y se acordaba de su amigo Oliver, que se fue a trabajar a una de las reservas marinas más importantes del planeta. Quería cambiar todo lo posible el mundo y no podía hacerlo trabajando en un zoológico.

Todavía recordaba el momento en el que le rogó que se fuera con él y el esfuerzo increíble que tuvo que hacer para decirle que no.

Meses antes, su hermano mellizo les había dado la noticia de que había sido admitido en la base aérea de Morón. Ariadna se alegró mucho por él, pero sus padres, no. Su hermano se había preparado mucho para ello y, tras realizar las pruebas necesarias para ser piloto de caza, había conseguido su sueño.

A Alejandro, Ariadna y Oliver les encantaba toda la fauna animal, lo cual hizo que los tres se matriculasen en la carrera de Veterinaria y, al terminarla, realizaran el máster en Biología Marina. Pero Alejandro no hizo las prácticas oportunas para terminarlo, sabía que su camino sería otro. Los deportes extremos como el paracaidismo le hicieron ver cuál era su vocación real. Quería sentirse libre en el aire y ayudar no solo a los animales, sino a todo el planeta, pero disfrutando también de su trabajo. Así que decidió ser piloto de caza.

Sus padres estaban orgullosos de sus hijos, pero, al mismo tiempo, no querían que se fueran lejos del hogar. Sofía se desahogó llorando con Ariadna. Era muy duro ver marchar a su hijo, pero lo era más aún la preocupación constante de no saber si estaría bien. Por eso seguía en Madrid, resignada a no cumplir su sueño y echando de menos a los dos hombres que habían crecido junto a ella y que había perdido casi en el mismo año por seguir sus sueños.

Ensimismada en sus recuerdos y rodeada de agua, su cuerpo convulsionó, dando la voz de alarma a sus pulmones: necesitaban aire para su habitual funcionamiento. Al sacar la cabeza e inhalar aire, vio a Roberto en el borde de la piscina junto a Xaxa, la primera panda nacida en el zoológico en cautividad. Aliviada por verlo a él y no a uno de sus superiores, nadó hasta el bordillo de la piscina.

—Roberto, ¿qué haces aquí con Xaxa fuera de su recinto? —inquirió a su compañero, saliendo del agua.

—Menos mal que he venido yo en lugar de Bermúdez. — Roberto se echó a reír, las conocía bastante bien y, sabiendo que estarían jugando con los animales, paró los pies a su superior con una excusa para advertir a las chicas—. Un día os van a pillar y ninguno de nosotros podremos hacer nada para evitar que os despidan. —Sus palabras intentaban ser una regañina, pero ellas nunca lo tomaban en serio—. A veces vuestros escarceos me vienen bien para sumar puntos con el jefe, pero ya se me están acabando las excusas y las ganas de pelotear a un hombre tan miserable como él.

—Venga, Roberto, pero si te encanta hablar con él. —Sara le guiñó un ojo y se sumergió con Taylor.

—Ahora en serio. —Ariadna se acercó a Roberto y acarició la cabeza del bebé panda—. Gracias por taparnos, pero ¿para qué venía a la zona de piscinas? Él nunca sale de su despacho.

—Pasó por mi instalación para comunicarme los cambios de horario en la exhibición de los pandas porque Mónica está de baja. —Roberto alzó a Xaxa al ver que empezaba a ponerse nerviosa por la cercanía a la piscina—. Entre los exabruptos que soltó por tener que realizar su trabajo, se le escapó que debía ir al delfinario porque a la señorita Ariadna Robles no se la localizaba en el teléfono de la instalación.

—Joder —soltó Ariadna, cogiendo una toalla.

Después de la reunión con los jefazos, Bermúdez intentaba cazarla; quería deshacerse de ella de alguna forma. Había llegado a los oídos de Roberto y de varios compañeros del zoo que tenía algún tipo de relación familiar con el nuevo socio y que, por ello, le había salpicado todo el asunto, tanto que tuvo que ensuciarse las manos y ser partidario del despido. Bermúdez no la tenía en estima. Consideraba que era buena en su campo, pero que se inmiscuyera en otros temas no le hacía ninguna gracia y, por ello, la tenía entre ceja y ceja. Menos mal que sus compañeros la aprecia-

ban y, como Roberto, intentaban ayudarla todo lo posible para que no la pillaran.

—Estará de un humor de perros —rio Sara, que seguía jugando con el delfín.

—Ni te imaginas, cariño. Tu amiga se está ganando todas las papeletas con este hombre.

Ariadna arqueó las cejas a sabiendas de qué pie cojeaba su queridísimo jefe, pero se lo pondría difícil.

—Cómo nos conoces. —La bióloga llamó a Taylor para poner los pies en su morro y que la empujara hacia el bordillo de la piscina. Con un impulso del cetáceo, llegó al borde y, dando un pequeño salto, cayó con los pies en el suelo de roca artificial que cubría el acuario. El delfín se sumergió de nuevo en el agua, reuniéndose con Aqua.

—¿Te ha dicho para qué me quería? —preguntó Ari, extrañada.

—Bermúdez no me ha dicho mucho más, solo que, por una vez en tu vida, el teléfono que hay colgado en la sala del delfinario vale para algo. —Roberto acarició a Xaxa, que no paraba de arañarle la camiseta. Su nerviosismo aumentaba al ver aproximarse a los cetáceos al borde de la piscina—. Me voy, no sea que haya un percance y sea el segundo al que despidan.

Sara y Ari volvieron a quedarse solas. Solo se escuchaban los sonidos realizados por los cetáceos a través del espiráculo. Se adentraron en la sala donde estaban ubicadas las cámaras frigoríficas y los vestuarios de los entrenadores, y comenzaron a cambiarse de ropa. Ari no podía hacer esperar más a su superior, necesitaba saber para qué la requería con tanta urgencia.

Capítulo 3

El mundo está en las manos de aquellos que tienen el coraje de soñar y correr el riesgo de vivir sus sueños.

En el pabellón de administración, Ariadna saludó a las personas que se iba encontrando a su paso. Era una persona sociable y respetuosa en el trabajo, siempre era cordial y no le resultaba difícil hacer amigos. Quien la conocía podía afirmar que, ante las dificultades, intentaba darles sentido a los problemas con humor y ayudaba a cualquiera que lo necesitara. En conclusión, se hacía querer. Por eso, sus compañeros de profesión no comprendían cómo Carlos, otro trabajador del zoo, había jugado con ella durante dos años. Parecían la pareja perfecta hasta que ella quiso dar un paso más: irse a vivir juntos.

La negativa de él hundió a Ariadna, aunque intentó disimular. Carlos objetó que no estaba preparado y ella, por miedo a que terminara la relación, no rechazó con la idea de darle tiempo para que recapacitara. Pero los meses pasaron y su relación se deterioró sin que ella comprendiera por qué.

Una de las veterinarias del trabajo, Sandra, la llamó un día para comer juntas en el descanso y le explicó que, una noche que había

salido con sus amigos, se había encontrado a Carlos con otra mujer. Al principio, no quiso precipitarse y sacar conclusiones erróneas, pero el acercamiento mutuo entre ellos, el descaro y las insinuaciones hicieron que Sandra se apartara de sus amigos para observar mejor a la pareja. Antes de que Carlos pudiera verla, él ya tenía la lengua metida en la garganta de aquella mujer. Sin titubear, les hizo una foto; no podía irse de allí sin una prueba de que su compañero estaba engañando a Ariadna. Sin molestarlo, volvió con su grupo de amigos pensando que debía decírselo a su compañera. Aunque fuera ella la que rompiera las ilusiones de su amiga, no iba a permitir que formara una familia con semejante capullo. Ariadna le dio las gracias y entendió la gran mentira que era su relación.

—Cariño, no soy hombre para una sola mujer. Te quiero, pero también quiero mi libertad. —Con esa frase, Carlos rompió algo dentro de Ariadna.

Unas náuseas irrefrenables le revolviaron el estómago, amenazando con vomitar el café que en esos momentos estaba tomando. Qué ilusa y tonta había sido. Había quedado con él en una cafetería con la esperanza de que la foto fuera un montaje, de que no fuera verdad.

Sus palabras se le clavaron como agujas, y su relación se disipó como la pólvora. Miró al hombre que tenía enfrente. Primero, Carlos le dio pena; después, sintió rabia y frustración a partes iguales; pero luego llegó la liberación al comprender que lo que tenían no iba a ninguna parte, se habían estancado y no sabía cuándo había ocurrido.

Para sus amigas estaba claro: si ya no hacían el amor y cada vez que ella quería tenía que planearlo para que sucediera, algo fallaba, ya que eso era clave en una pareja. Pero no les hizo caso, ella esperaba su cuento de hadas.

Ingenua y patética eran las dos palabras que no paraban de resonar en su cabeza.

Después de pasar por varias fases, se levantó como pudo sin querer derramar una lágrima. Lo volvió a mirar y, mordiéndose el labio para no llamarlo de todo —pues, a pesar de su infidelidad, lo seguía amando—, suspiró y salió de la cafetería.

A partir de la ruptura, sus días soleados se volvieron grises y la única paz que encontraba era en el delfinario cerca de Aqua. Intentaba no salir del recinto para no encontrarse con Carlos en ninguna de las instalaciones ni tampoco en el salón comedor. El daño, aunque hubieran pasado varios meses, seguía enganchado en su corazón como una garrapata y su presencia, aunque fuera a muchos metros de distancia, quemaba.

Intentaba ser positiva y, cuando escuchaba chismorreos referentes a ella, comenzaba a hablar del tema de los productos nocivos en el delfinario.

Después de aquello, sus compañeros se propusieron encontrarle pareja y eso le recordó a la época en la que sus padres querían emparejarla con Oliver, el mejor amigo de su hermano y de ella. Era el mejor hombre que había conocido después de su padre y su hermano.

Lo cierto es que cuando tenía catorce años lo había mirado de otra manera, incluso llegó a besarlo en un estúpido juego llamado La Botella al que todos los chavales jugaban en algún momento de su adolescencia; todavía recordaba el puñetazo que recibió Oliver por parte de su hermano al ver cómo se besaban. Recuerdos inolvidables que hacían que echase de menos a su mejor amigo.

—Hola, Susana.

—Hola, Ariadna, ¿qué tal estas? —Susana era la secretaria del señor Bermúdez, una chica menudita, con el pelo rizado y una cara demasiado dulce para trabajar al lado de un hombre tan avi-

nagrado como su jefe; pero ahí estaba la muchacha, aguantando como una jabata.

«Pobrecilla», pensó Ariadna.

—Estoy bien, guapa. Venía porque al parecer Bermúdez me ha estado llamando y no sé para qué.

—¡Ah, sí! Con tanto lío, se me había olvidado que dejé la línea descolgada. Tienes una llamada entrante de un chico muy simpático y que lleva un buen rato esperando poder hablar contigo. —Susana intentó explicarse lo más rápido posible al ver cómo se le acumulaban las tareas de administración que su jefe le había asignado antes de irse a comer.

—¿Una llamada? —Ariadna se quedó sorprendida, nadie la llamaba en horas de trabajo. Susana le indicó dónde quedaba el aparato telefónico y se fue con paso ligero, llena de papeles, rumbo a su gestión. Ariadna se aproximó al aparato y, dando al botón de reanudar llamada, contestó—: Hola, soy Ariadna Robles. ¿Dígame? —Una risa por el interfono hizo que arrugara la nariz.

—Hola, preciosa, demasiado tiempo sin hablar contigo. Esa voz grave y varonil le sacó una gran sonrisa, era él.

—¡¡¡Oli!!!

—¿Me echas de menos?

Oírlo y saber que estaba tan lejos le provocó nostalgia.

—Siempre —dijo, dándose un segundo para reponerse—. ¿Cómo va ese cambio en el mundo? —preguntó de improviso, necesitaba quitarse el nudo que se le había formado en el estómago.

—Bueno, me gustaría hacer mucho más...

Oliver calló de repente, y Ari comprendió ese silencio. Había cruzado el Atlántico para concienciar al mundo de que cada año aumentaba la degradación del planeta y de que quienes la sufrían eran los animales marinos. Se había suscrito a las revis-